



FRENTE A LA AVALANCHA CORRUPTORA

Los habitantes de esta ciudad de Caracas, como los de cualquier otra ciudad o pueblo, se estremecerían de pánico, si se encontrasen de pronto con que los conductos del drenaje público se habían reventado, y que en consecuencia calles y plazas y hogares empezaban a anegarse y el ambiente a contaminarse con la inmundicia de aquellas corrientes subterráneas salidas de cauce.

Si tal cosa ocurriese, se consideraría como una de las más serias calamidades que en el orden externo pudieran sentirse, y de más funestas consecuencias. Y se darían por bien empleados cuantos esfuerzos y dinero se destinasen a detener tan pestífera y contagiosa amenaza.

Nadie tildaría de gazmoña, o de alarmista, la actitud de diligente defensa y remedio que tomasen todos, autoridades y ciudadanos, para impedir los estragos que iban a causarse en la salud y vidas de la indefensa población. Más aún: se consideraría, —con sobrada razón—, que era un deber actuar de esa manera, y se aplaudirían las medidas eficaces, y aun drásticas que las autoridades dictasen en defensa de la salud pública.

Pues esto, que tratándose de la rotura y del desborde del drenaje público, sería causa de tan terrible alarma y de tan urgente remedio, esto exactamente está ocurriendo en materia tan grave como la salud moral de nuestra población.

Porque de cierto tiempo a esta parte, se ha podido observar por todo el mundo, sin necesidad de especiales averiguaciones, cómo en grado cada día más alarmante y descarado han venido rompiéndose todas las defensas de la moral pública. Se ha ido reventando el drenaje de todo lo sucio, obsceno y pestilente que en materia de libros, revistas, anuncios, radio, espectáculos, etc., va produciendo el depravado y comercialista ingenio de hombres sin moral y sin conciencia.

Que exista la inmoralidad, la corrupción, y el vicio en sus más diversas cuanto vulgares manifestaciones, es cosa que nadie trata de negar, ni menos aún pretende suprimir como quien apaga un incendio o corta un árbol malo. El mal existe y existirá siempre como brote espontáneo de la naturaleza humana dañada en su propia raíz. Pero de la aceptación necesaria de la existencia del mal y de la corrupción, no puede

seguirse jamás la consecuencia de tener que dejar que todos esos brotes de corrupción se expandan, se exhiban en público y a plena luz, y hasta se les dé carta de plena tolerancia, cuando no incluso de plenísima libertad.

Porque así como todos admitimos como necesario que una ciudad tenga corrientes de aguas inmundas, no por eso se piensa ni se admite que haya que dejar que esas aguas corran fuera de cauce, o ni siquiera en cauce abierto, ofreciendo así una continua amenaza y un positivo daño a la salud de la población. Para evitar esos males y prevenir otros peores, el Estado, como guardián y proveedor del bien público, cumple con su deber de ejecutar obras aunque sean muy costosas, y de dictar medidas, todo lo severas que fuere necesario. Y cuando así no lo hiciera, toda la ciudadanía, alzaría su voz reclamando atención y remedio ante el peligro. Y por eso se tienden tuberías, y se provee un sistema de drenaje por el que bajo tierra, y bien cerrado, se libra a la ciudad de sus basuras y aguas sucias.

No de otra manera toca proceder, por deber grave de conciencia, en lo que respecta a librar a la ciudadanía de los miasmas y del contagio de tanta basura moral, de tanta corrupción y obscena vulgaridad que tan fácilmente suele brotar y desarrollarse a medida que el dinero abunda, y los intereses materiales predominan sobre otros más elevados y el cosmopolitismo hace su invasión con su reata de oportunistas y logreros de toda índole.

Y esta es nuestra situación actual, ya muy grave y con tendencia a agravarse cada día, si no ponen coto y remedio quienes tienen ese deber y disponen de medios legales y equitativos para ejercerlo. Nos encontramos frente a una imponente avalancha corruptora que todo lo invade. Ese torrente de obscenidad, de vicio y de explotación comercialista de los más bajos instintos corre sin cauce, sin drenaje, y esparce sus miasmas y suciedad a plena luz del día, en todas partes, no ya en condiciones de mera tolerancia, sino en el disfrute de la más grosera libertad.

Son los anuncios comerciales de gran tamaño y en colores, con figuras casi desnudas y en actitudes lujuriosas, que se permite fijar en calles y plazas; son los anuncios positivamente obscenos, —nunca antes admitidos—, que periódicos que se dicen serios publican semanalmente y a gran espacio con las figuras de las mujercuelas importadas para carne de relajados cabarets; son emisiones radiales en las que se tocan discos cuya letra suele ser vulgarísima y llena de dobles sentidos, o comedias de contenido no sólo inmoralísimo, sino de forma y ejecución positivamente procaz y obscena; y son las ventas cada vez más numerosas, aun en plena calle, de las más lujuriosas revistas y novelas pornográficas, con portadas de sensualismo animal que se exhiben sin el menor recato ni respeto para con el público transeúnte, aun cuando sea de niños y niñas inocentes. Todo esto, y otras muchas manifestaciones de pública obscenidad y desvergüenza que no vamos a enumerar, es una pavorosa avalancha que corre sin cauce, roto y desbordado el drenaje de limitación que hace tiempo aparece como en pleno abandono.

Es hora de que esta anarquía termine. El orden cívico y social; la salud moral de la familia venezolana que se ve invadida de tanta corrupción; y en una palabra, la conciencia sana y el corazón de la Patria, están pidiendo a voces que quienes tienen la obligación de velar por el orden, y la seguridad y la decencia de la nación, actúen como es su deber, y detengan los ya extensos males que viene causando este libertinaje que parece haber hecho asiento definitivo en nuestro medio.

P. P. B.